

2.

La Guerra Fría entre Corea y la Crisis de los misiles (1953-1962).

La coexistencia y sus altibajos.

1. La expansión de la Guerra Fría durante la presidencia de Eisenhower: principales puntos de fricción.

La guerra fría se intensificó y extendió durante la presidencia de Dwight D. Eisenhower. Aunque las relaciones entre las dos superpotencias siguieron en un punto muerto en Europa, el rearme de la Alemania Occidental, la revolución de Hungría y el estatuto de Berlín fueron algunos de los problemas que agravaron las tensiones de la guerra fría durante el período de Eisenhower. Aunque el presidente cumplió su promesa y puso fin a la guerra de Corea, las relaciones entre China y Estados Unidos continuaron siendo muy frías y, de hecho, se agravaron al producirse dos crisis en el estrecho de Taiwan. Asimismo, durante la presidencia de Eisenhower, Estados Unidos se implicó más profundamente en Indochina y dio los primeros pasos por la resbaladiza pendiente que llevaría al lodazal de Vietnam.

También hubo una intensificación de la guerra fría en Oriente Próximo, al pasar Egipto a depender más de la Unión Soviética, y en América Latina, donde culminó con la instauración del primer estado cliente de los soviéticos en el hemisferio occidental, Cuba. Durante el período de Eisenhower, la guerra fría se propagó incluso al África subsahariana cuando las superpotencias intervinieron en los asuntos internos del Congo. La guerra fría se convirtió en un conflicto verdaderamente mundial durante estos años y la fricción entre Estados Unidos y la Unión Soviética en el Tercer Mundo se hizo cada vez más peligrosa al acelerarse la carrera de armamentos nucleares.

2. La muerte de Stalin: ¿la pérdida de una oportunidad para llegar a un acuerdo?

a) Cambio de líderes en las superpotencias y aproximación entre los bloques.

El 5 de marzo de 1953, poco después de que Eisenhower entrara en la Casa Blanca, murió Josif Stalin. Algunos historiadores opinan que la muerte del dirigente soviético creó la oportunidad de un deshielo de la guerra fría. El sucesor de Stalin, Georgij Malenkov, presidente del consejo de ministros, procuró mitigar las tensiones entre las superpotencias con el fin de quedar libre para concentrarse en los problemas internos de la Unión Soviética. El 15 de marzo

Malenkov declaró que no había ninguna disputa que no pudiera resolverse por medios pacíficos. En abril pidió que se celebrasen conversaciones entre el bloque oriental y Occidente con vistas a la reducción de fuerzas armadas en Europa.

Al principio, Eisenhower creyó que la muerte de Stalin podía despejar el camino para que los soviéticos hicieran cambios fundamentales en su conducta y para mejorar las relaciones entre los dos bloques. El 16 de abril de 1953 expresó en un discurso su voluntad de entablar conversaciones para la reducción de armamentos si los soviéticos tomaban medidas concretas con el fin de resolver las diferencias pendientes con Occidente. Para poner a prueba la buena voluntad de los soviéticos, Eisenhower propuso que permitieran que se celebraran elecciones libres en la Europa del Este, que firmasen un tratado de paz con Austria y que renunciaran a apoyar las rebeliones anticoloniales en Asia.

Winston Churchill, que volvía a ser (desde octubre de 1951) el primer ministro de Gran Bretaña, alabó en público el discurso de Eisenhower, pero dijo en privado que no iba lo bastante lejos. Ya en febrero de 1950, Churchill había hecho un llamamiento para que se volviera a la diplomacia de alto nivel en la que él había participado en Teherán, Yalta y Potsdam. El 11 de mayo de 1952, poco después del discurso de Eisenhower, Churchill propuso que se celebrara una conferencia en la cumbre de dirigentes mundiales para resolver las diferencias de la guerra fría. El motivo de su propuesta no fue sólo la creencia de que los nuevos líderes soviéticos eran más flexibles, sino también el creciente temor a la guerra nuclear, intensificado por la fabricación de la bomba de hidrógeno.

b) El papel de John Foster Dulles.

Cualquier inclinación que pudiera tener Eisenhower a aceptar la propuesta de Churchill sobre la conferencia en la cumbre desapareció por obra de su secretario de Estado, **John Foster Dulles**. Aunque éste reconoció que un cambio de conducta de los soviéticos era posible, no pensaba que fuera a ocurrir pronto. Creía que el último ofrecimiento de paz de los soviéticos era simplemente un intento de obstaculizar el rearme de la Alemania Occidental y su ingreso en la OTAN. Por tanto, Dulles opinaba que un acercamiento a la Unión Soviética en aquel momento sólo era posible a expensas de debilitar a Occidente.

El canciller de la Alemania Occidental, Konrad Adenauer, compartía el temor de Dulles. Adenauer temía que, para reducir las tensiones de la guerra fría, Churchill pudiera estar dispuesto a sacrificar la integración militar de la Europa occidental y aceptar una presencia soviética permanente en la Europa del Este y del centro. Adenauer instó a Eisenhower a no permitir que nada -ni siquiera la perspectiva de la reunificación de Alemania- impidiera que la Alemania Occidental recuperase su soberanía y se integrara en la colectividad occidental.

Otro temor de Dulles eran las posibles repercusiones interiores de la negociación con los soviéticos. El partido republicano, y en especial el senador McCarthy, había puesto a Truman en la picota por «apaciguar» a los comunistas. Dulles no deseaba echar leña en esa hoguera dando la impresión de que ansiaba negociar con los soviéticos. A causa de ello, el secretario de Estado quitó importancia al discurso que Eisenhower pronunciara el 16 de abril. Añadió que *la iniciativa de paz de los soviéticos no era más que otra jugada táctica del tipo para el cual el comunismo soviético ha practicado a menudo.*

Si bien es indudable que Eisenhower era quien decía la última palabra sobre la política exterior de su gobierno, y que a medida que fue pasando el tiempo se impuso de forma creciente a Dulles, en los comienzos de su presidencia, cuando el macarthismo estaba en plena marcha, fue reacio a llevarle la contraria a su secretario de Estado, que tenía más experiencia diplomática que él, en un asunto tan políticamente delicado como negociar con la Unión Soviética. A causa de ello, la iniciativa de paz de Malenkov no dio ningún fruto.

3. La nueva estrategia: represalias masivas y nueva imagen.

El 12 de enero de 1954, poco antes de clausurarse la conferencia de Berlín, Dulles anunció una nueva estrategia militar estadounidense para hacer frente a la amenaza soviética. Manifestó que Estados Unidos reaccionaría masivamente, con armas nucleares, en el caso de una agresión comunista en cualquier nivel, estratégica o táctica. El presidente dijo a los líderes del Congreso que la idea general era “sacudirles de lo lindo (a los comunistas) rápidamente si empiezan algo”.

Tanto Eisenhower como Dulles eran conscientes de los riesgos que entrañaba amenazar con el uso de armas nucleares para responder a una agresión comunista localizada, pero, según declaró Dulles, «tienes que arriesgarte por la paz del mismo modo que tienes que arriesgarte por la guerra... si te da miedo llegar hasta el borde, estás perdido». Tanto Eisenhower como Dulles creían que demostrar que estaban dispuestos a hacer la guerra nuclear haría innecesario hacer cualquier tipo de guerra, nuclear o tradicional. Además, las fuerzas nucleares resultarían más baratas que las otras. Charles Wilson, el ministro de Defensa, dijo que las armas nucleares darían a Estados Unidos «una explosión mayor por cada dólar que se gastase».

Para respaldar esta masiva estrategia de represalia, el gobierno pensaba dar una «nueva imagen» a las fuerzas armadas de la nación. Pidió reducciones importantes de las fuerzas tradicionales y un incremento masivo de las armas nucleares. Durante el período de Eisenhower, se redujeron los efectivos del ejército y de la marina, al tiempo que se aumentaban los de las fuerzas aéreas, lo cual reflejaba el hecho de que el poderío aéreo, en particular estratégico, iba a ser el componente principal de la masiva estrategia de represalia de Washington. En junio de 1953 las fuerzas aéreas de Estados Unidos encargaron la fabricación del primer bombardero intercontinental a reacción del país, el B-52, que tenía capacidad para arrojar bombas de hidrógeno contra objetivos soviéticos.

Para la disuasión a largo plazo, con todo, el gobierno de Eisenhower dio mayor importancia a la producción de misiles balísticos. En 1955 el presidente aprobó la creación del misil Atlas, el primer misil balístico intercontinental (ICBM) de Estados Unidos, y de su primer misil balístico de alcance intermedio (IRBM), el Thor. En 1957 el presidente aprobó otro ICBM para la fuerza aérea, un misil propulsado por combustible sólido, el Minuteman, que en el decenio de 1960 sustituyó al bombardero tripulado como componente principal de las fuerzas estratégicas.

También el ejército y la marina fueron dotados de armas nucleares tácticas de poca potencia (es decir, equivalente a menos de veinte kilo toneladas de TNT). Se consideraba que estas armas eran una forma relativamente barata de compensar la superioridad de los soviéticos en el campo de las fuerzas de tipo tradicional. Principalmente por este motivo, en diciembre de 1954 la OTAN acordó integrar armas nucleares tácticas, entre ellas cañones, misiles e incluso minas de tierra atómicas, en su sistema defensivo. Las fuerzas de tierra tradicionales de la OTAN seguirían formando parte integrante de las defensas de la alianza durante el gobierno de Eisenhower, pero servirían de cable trampa que provocaría la utilización de armas nucleares, en lugar de ser el medio principal de defender la Europa occidental.

4. La doctrina Eisenhower.

a) **La crisis de Suez de 1956 y sus consecuencias.**

En buena lógica, la imagen de Estados Unidos en Oriente Próximo debería haber

salido mejorada de la crisis de Suez, ya que había desbaratado la agresión contra Egipto. En vez de ello, en el mismo momento en que el ejército rojo aplastaba la revolución de Hungría, la Unión Soviética recogió la mayoría de los beneficios propagandísticos que produjo el fin de la guerra de Suez. Después de que quedara claro que el gobierno de Eisenhower no apoyaría la invasión aliada de Egipto, reduciendo así el riesgo de un conflicto entre la Unión Soviética y Estados Unidos, los soviéticos emprendieron una campaña de amenazas militares contra Gran Bretaña, Francia e Israel. Bulganin, el presidente del consejo de ministros soviético, también advirtió a Eisenhower que la lucha en Oriente Próximo podía provocar una «guerra mundial» y sugirió que Estados Unidos se uniera a la Unión Soviética en una acción militar cuyo objetivo sería frenar la agresión aliada. Eisenhower rechazó airadamente la propuesta soviética y la calificó de «impensable». En lugar de ello, puso las fuerzas norteamericanas en estado de alerta en todo el mundo para disuadir a los soviéticos de intervenir militarmente en el conflicto.

Con gran disgusto del gobierno de Eisenhower, la guerra de Suez también aumentó el prestigio de Gamal Nasser. Pese a la derrota humillante que sufrió su ejército a manos de los israelíes, la capacidad de anular los efectos de las victorias israelíes, aunque fuese con el apoyo decisivo de Estados Unidos y la Unión Soviética, no hizo más que estimular la ambición de Nasser de dirigir el mundo árabe. Poco después de la guerra, firmó con la Unión Soviética un segundo acuerdo para el suministro de armamento y reforzó los lazos comerciales de Egipto con el bloque soviético.

b) La nueva política de Eisenhower con el Oriente Próximo y generalización de las alianzas militares contra la URSS.

El gobierno de Eisenhower creía que las «actividades subversivas» de los soviéticos y los egipcios eran ahora las principales amenazas que se cernían sobre los intereses occidentales en Oriente Próximo y se sintió empujado a llenar el vacío que dejó la decadencia del poderío británico en la región. En enero de 1957 Eisenhower pidió al Congreso que aprobara una resolución que confirmase el derecho del presidente a usar la fuerza en Oriente Próximo contra «la agresión armada abierta por parte de cualquier nación que estuviera bajo el control del comunismo internacional». El gobierno también pidió al Congreso que aprobara la suma de 200 millones de dólares anuales para prestar ayuda económica y militar a los países de Oriente Próximo que estuvieran dispuestos a oponer resistencia a los avances soviéticos. El Congreso aprobó rápidamente la solicitud del presidente por 355 votos a favor y 61 en contra, pero el Senado, más sensible en lo que se refería a prestar ayuda a los enemigos árabes de Israel, no quiso conceder al presidente la autorización específica para utilizar tropas. La versión corregida de la resolución del gobierno sobre Oriente Próximo que acabó aprobando el Senado afirmaba sencillamente que Estados Unidos «está dispuesto» a emplear la fuerza si el presidente «decide que hay necesidad de ello».

La Doctrina Eisenhower, como pronto llamarían a la resolución del gobierno, fue el eslabón final de la cadena de compromisos de seguridad que Estados Unidos había forjado desde la terminación de la segunda guerra mundial. En 1958 Estados Unidos ya había asumido la obligación explícita de defender a unos cuarenta y cinco países, así como la obligación implícita de defender a varios más. Los críticos del gobierno le acusaron de padecer una «pactomanía», una expansión injustificada de los compromisos militares de Estados Unidos. La Casa Blanca rebatió la acusación insistiendo en que las alianzas de Estados Unidos (todas las cuales, con cuatro excepciones, fueron obra del gobierno de Eisenhower) ayudaban a mantener la independencia del mundo libre y la seguridad propia.

Los críticos dieron en el blanco al identificar la falacia que había debajo de la Doctrina Eisenhower. La mayor amenaza a la independencia de los países pro occidentales de Oriente

Próximo, tales como Irak, Jordania y Líbano, no procedía del comunismo internacional, sino de Nasser. El 14 de julio de 1958, el gobierno pro occidental de Irak fue derribado por el general Abd al Karim Kassem, que se apresuró a anunciar que Irak ingresaría en la República Árabe Unida, que era una unión de Egipto, Siria y Yemen que se creó en febrero de aquel año.

El mismo día en que llegó a Washington la noticia del golpe de Kassem el presidente pro occidental de Líbano, Camille Chamoun, pidió a Estados Unidos que le ayudara a sofocar un supuesto intento nasserita de derribar su gobierno. Eisenhower ordenó inmediatamente el envío de 14.000 soldados norteamericanos a Líbano para impedir un golpe de Estado «de inspiración comunista». El gobierno de Estados Unidos también apoyó a los ingleses en su esfuerzo por sostener al rey Hussein de Jordania, cuyo primo, el rey Faisal, fue asesinado en el golpe de Estado de Irak. Cincuenta aviones de caza norteamericanos dieron escolta a los aviones que transportaban tropas británicas a Ammán, la capital de Jordania, y Estados Unidos accedió a abastecer de petróleo a las fuerzas británicas que participaron en la operación. En octubre, una vez estabilizados ambos gobiernos, las fuerzas británicas se retiraron de Jordania y la infantería de marina estadounidense, de Líbano.

Las intervenciones anglonorteamericanas en Jordania y Líbano alcanzaron sus objetivos principales. No sólo apuntalaron gobiernos pro occidentales en dichos países, sino que también ayudaron a disminuir la amenaza del nacionalismo radical desenfrenado en otras partes del mundo árabe. Kassem abandonó la idea de ingresar en la República Árabe Unida y aseguró a las compañías petroleras occidentales que las propiedades que tenían en su país no corrían ningún peligro. A causa de ello, Egipto e Irak se convirtieron en enemigos implacables durante los últimos años del gobierno de Eisenhower. Lo mismo ocurrió entre Siria y Egipto, y el resultado fue que los sirios salieron de la RAU en 1961. Con su partida se derrumbó el sueño de Nasser de dominar el mundo árabe.

La intervención anglonorteamericana en Oriente Próximo también demostró los límites de la influencia de la Unión Soviética en la región. Los soviéticos estaban dispuestos a prestar ayuda militar y económica a Nasser y sus aliados, pero no a correr el riesgo de provocar un enfrentamiento militar con Estados Unidos en Oriente Próximo. Además, al intervenir en la región, los soviéticos se vieron envueltos en disputas entre árabes, ya que ayudaban a dos regímenes que se odiaban mutuamente (Egipto e Irak). Asimismo, se les planteaba un dilema: ¿debían apoyar a los comunistas de estos y otros países de Oriente Próximo y correr el riesgo de indisponerse con sus gobiernos, que no eran comunistas?

Si bien el gobierno de Eisenhower había alcanzado el objetivo de llenar el vacío creado en Oriente Próximo por la humillación de Gran Bretaña y Francia en la guerra de Suez, no pudo resolver la amenaza principal a la estabilidad de la región, la disputa entre Israel y el mundo árabe. El 26 de agosto de 1955 Dulles propuso un acuerdo de paz en el que la determinación y la garantía de las fronteras entre Israel y sus vecinos árabes se vinculaba con el reasentamiento y la repatriación de miles de refugiados palestinos que habían huido de su país durante la guerra de 1948-1949. Pero la propuesta no llegó a ninguna parte, principalmente porque el gobierno de Estados Unidos no le dio el mismo apoyo político que dedicó a otros problemas de Oriente Próximo, tales como hacer que los israelíes se retirasen de Egipto. A causa de ello, el problema palestino seguía siendo la mayor amenaza a la estabilidad de la región mucho tiempo después de que Eisenhower abandonara la presidencia en 1961.

5. Cambios en la Unión Soviética: la desestalinización.

a) La situación de partida a la muerte de Stalin y primeros síntomas de apertura. La caída de Beria.

Nos centraremos ahora en una fase que se da a la muerte de Stalin y que se conoce con el nombre de «desestalinización».

El poder arbitrario y despótico de Stalin había borrado cualquier regla o distinción de competencias y de organismos del Estado. La principal preocupación de sus hombres de confianza, que recogieron su sucesión, fue la de restaurar, como se dijo entonces, una «dirección colegiada». Ello implicaba, ante todo, trazar, aunque aproximadamente, una línea de demarcación entre las funciones de Partido y las del Estado. La presidencia del consejo de ministros fue por tanto confiada a G. Malenkov, que dejaba así la secretaría de Partido, y que estaría acompañado por cuatro vicepresidentes: Molotov, Beria, Kaganovich y Bulganin. Estos formaban parte también del *Presidium* del Partido, junto con el viejo general Voroshilov y con Nikita Krushev, él también antiguo colaborador de Stalin. A pesar de no tener la calificación oficial de secretario del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), Krushev fue desempeñando las funciones propias de este cargo. Los dos organismos quedaban, pues, solapados y estaban integrados por el restringido círculo de los «compañeros de armas» de Stalin. Sin embargo, existía un poder que ningún organismo del Partido o del gobierno estaba en condiciones, una vez muerto Stalin, de controlar, un auténtico Estado en el Estado. Nos referimos a la policía política, que dependía de Beria. Si se quería, como se proclamaba, asegurar al país una «dirección colegiada» y restablecer la «legalidad socialista», era preciso poner fin a esta anomalía. La amnistía que, en abril, fue concedida para los delitos castigados con un máximo de cinco años y el anuncio de la plena rehabilitación de un grupo de médicos, muchos de ellos judíos, que Stalin había culpado, sin ningún fundamento, de estar implicados en un complot y de ser los responsables de asesinatos políticos, fueron los primeros indicios de la voluntad de resolver este problema. Un indicio mucho más llamativo se produjo en junio, cuando, en una dramática reunión del *Presidium*, Beria fue detenido y, pocos meses después, ajusticiado. Consecuentemente, la policía política dejó de depender del ministerio del Interior y fue sometida al control del Comité Central del Partido. A lo largo de 1953 y 1954 recuperaron la libertad algunos miles de reclusos en campos de concentración. El país se sentía así seguro de que los tiempos del terror indiscriminado se habían terminado. Era desde luego un paso importante, pero insuficiente para sacudir la pasividad de un pueblo desorientado, que la guerra y los sacrificios de la reconstrucción habían llevado hasta un nivel de vida poco superior al de la subsistencia. Hacía falta inyectarle una dosis de confianza, y esta fue la labor a la que se aprestó Malenkov.

b) Malenkov y los cambios en la economía.

En el discurso de agosto de 1953, en el que expuso su programa de gobierno, Malenkov se pronunció a favor de una sustancial rectificación de los criterios que habían presidido la elaboración de todos los anteriores planes quinquenales, incluido el quinto, lanzado en 1951, y en particular de la prioridad que éstos otorgaban a la industria pesada en detrimento de la ligera y de la agricultura. Con este fin, se revisaron los índices del plan, en favor de la producción de los bienes de consumo; se procedió a desgravaciones fiscales sobre las parcelas individuales de los cultivadores de los *koljoses* y a una considerable subida de los precios que el estado pagaba

a los mismos *koljoses*. Al mismo tiempo, por iniciativa de Krushev, se lanzaba un llamamiento para la valorización de las tierras vírgenes de Kazajstán, Siberia y de la orilla oriental del Volga, llamamiento al que respondieron cientos de miles de jóvenes voluntarios. En cuanto a la industria, la medida más contundente fue la abolición de la prohibición para los obreros de despedirse y optar por otro puesto de trabajo, en vigor desde la época de la guerra. Tras los grandes desajustes de los años treinta, el mercado del trabajo comenzaba a salir de una era de rigidez y de esclerosis.

c) La caída de Malenkov.

Sin embargo, en febrero de 1955 Malenkov era destituido de su cargo y su lugar era ocupado por Bulganin. La motivación oficial fue el papel que había desempeñado, junto con Beria, en el oscuro asunto de Leningrado, pero lo más probable es que lo que motivó su desgracia política fueron las posiciones innovadoras que él había defendido no sólo en la política interna, sino también, en la exterior, y las resistencias que tales posiciones encontraron entre los ambientes más conservadores de la clase dirigente soviética.

En su calidad de secretario del partido, Krushev había tenido un papel no secundario en la destitución de Malenkov. Pero él también era consciente de la necesidad y la urgencia de una reforma y de una renovación del sistema político estalinista y estaba decidido a franquear los obstáculos y doblegar las resistencias que encontraba en su camino.

d) El XX Congreso del PCUS y la ruptura con el estalinismo.

En el discurso que leyó desde la tribuna del XX: Congreso en febrero de 1956, el apartado que concernía a la situación internacional contenía muchas novedades. Por primera vez la coexistencia pacífica entre los dos sistemas era asumida como principio inspirador de la política exterior soviética y, aunque no sin ambigüedades, se retomaba la idea, ya expresada por Malenkov, de la inviabilidad de la guerra atómica. Además, por primera vez se reconocía la posibilidad de distintas vías de transición al socialismo, incluida la parlamentaria. La exposición de Krushev, en cambio, era más reticente y genérica en el apartado relativo a los problemas del país. Se hablaba de un «democratismo soviético» y se subrayaba la necesidad de volver a la «dirección colegiada». La referencia a Stalin estaba implícita, pero nunca se nombraba al dictador. El que rompió este silencio fue Anastas Mikoyan, quien, aunque tampoco nombraba explícitamente a Stalin, se refirió abiertamente al «culto a la personalidad» del que el dictador había sido objeto durante dos décadas y a las falsificaciones de la historia contenidas en el breve manual del que Stalin había sido el principal autor y que hasta entonces había sido una lectura obligatoria, casi un texto sagrado, para todos los comunistas, dentro y fuera de la URSS. Así pues, el camino estaba abierto para la denuncia de los crímenes de Stalin que, concluidos ya los trabajos del Congreso, Krushev pronunció ante una audiencia atónita.

Su informe, que debía mantenerse en secreto, se difundió rápidamente y fue publicado por la prensa extranjera, ocasionando un enorme revuelo. En Tbilisi, capital de Georgia y patria chica de Stalin, se produjeron manifestaciones en favor del dictador fallecido, durante las cuales la policía usó las armas y causó algunos muertos. En realidad, la relación secreta de Krushev se parecía más a un desahogo que a un análisis; sin embargo, representaba un indicio de ruptura con el pasado. La pregunta que ahora todos se hacían era si a las palabras seguirían los hechos. La decisión de proceder con rapidez a la revisión de las acusaciones dirigidas en su tiempo contra los reclusos en los campos de concentración y la liberación de un gran número de éstos, parecen proporcionar una primera respuesta positiva a este interrogante. Entre los presos liberados y devueltos a la sociedad y a sus familias se encontraba Alexander Solzhenitsyn,

quien en 1962 publicará su *Un día en la vida de Ivan Denissovich*, un texto de alto valor literario y un testimonio estremecedor.

Sin embargo, lo que el país se esperaba no era sólo una reparación de los crímenes del pasado, sino también, y sobre todo, una mejora de sus condiciones de vida. Pero para ello era necesario encontrar recursos, lo cual era posible sólo mediante una reducción del gasto militar. Malenkov, como se ha visto, de alguna manera se había percatado de ello. En el transcurso de su breve presidencia, los gastos militares registraron un incremento limitado, de 25,5 a 27,6 mil millones de dólares, inferior al que se había registrado durante los últimos años de Stalin y del que conocerían en los años sesenta. Es evidente que una reducción del gasto militar implicaba también una revisión de las coordenadas de la política exterior.

e) El ascenso de Krushev y cambios en la política exterior soviética.

El ascenso de Krushev a la secretaría del Partido marca una ruptura con la política aislacionista de Stalin. En efecto, el nuevo secretario dio a la política exterior soviética una dimensión distinta y más dinámica. Superando la oposición de su ministro de Exteriores Molotov, insistió para que se llegara a la firma del tratado de estado con Austria y, al mismo tiempo, para que se pusiera fin al largo y agrio enfrentamiento ideológico con la Yugoslavia de Tito, que se arrastraba desde 1948, incluso a costa de admitir las responsabilidades soviéticas. Para este fin, no dudó, en mayo de 1955, en viajar a Belgrado y sellar con esta iniciativa espectacular la reconciliación. La consecuencia lógica fue la disolución de la Kominform, en abril de 1956. En lo que respecta a la vertiente asiática, en octubre de 1956 la Unión Soviética y Japón hicieron pública una declaración conjunta con la que aceptaban el fin de la guerra y establecían relaciones diplomáticas. En noviembre y diciembre del mismo año, Krushev y Bulganin visitaron la India, Birmania y Afganistán. A pocos meses de la conferencia de Bandung, este viaje quería ser una demostración del interés de la Unión Soviética hacia el movimiento de los países no alineados. Otra señal en este sentido fue la revalorización, con ocasión de ese viaje, de la figura y de la obra de Gandhi.

Todas estas iniciativas de distensión por parte de Krushev y de su ministro de exteriores, Seipov, formaban parte de una concepción global, sin exclusiones, de la política exterior soviética. Su presupuesto era la conciencia de que la URSS, tras la victoria en la segunda guerra mundial y el consiguiente fin del «cerco capitalista», se había convertido en una gran potencia, lo que implicaba que se hiciera cargo de los costes elevados que una política de gran potencia necesariamente conlleva. A partir de 1957, los gastos militares gravaron en una medida siempre creciente en el balance del estado soviético; al mismo tiempo, aumentaron también las ayudas a los países en vías de desarrollo, que en 1964 llegarán a tocar la cifra de 998 millones de dólares. Eran todos recursos sustraídos a las inversiones internas y eran obstáculos en el camino de la reconversión de la economía en el sentido del aumento del consumo interno, auspiciado por Malenkov.

Texto extraído de PROCACCI, G. Historia General del siglo XX. Ed. Crítica. Barcelona 2001.

6. Grietas en el bloque soviético: la revuelta húngara de 1956.

Entre 1948 y 1953, en todos los estados de Europa centrorientales se dieron unas constituciones modeladas en la soviética y todos adoptaron unos planes quinquenales que remedaban los mismos objetivos y los mismos desequilibrios entre los varios sectores económicos, típicos de los precedentes soviéticos. También en este caso, el sector más descuidado fue el agrícola, aunque el proceso de colectivización se llevó a cabo con mayor gradualidad y con formas distintas a las de la colectivización forzosa de la URSS. Es el caso, sobre todo, de Polonia, cuyo líder, Wladislaw Gomulka, en su tiempo no había ocultado su contrariedad a la solución colectivista que, en su opinión, para Polonia sería «económica y políticamente dañina».

a) Un caso aparte: la Yugoslavia de Tito.

El único estado que se libró de este proceso de homologación fue la **Yugoslavia de Tito**. Tras su exclusión del Cominform, el Partido Comunista Yugoslavo no se limitó a cambiar su nombre por el de Liga de los Comunistas yugoslavos, sino que emprendió un nuevo curso de política económica que preveía el abandono de la colectivización del campo, la formación de consejos obreros a los que se confiaba la propiedad y la autogestión de las fábricas, y finalmente la elaboración de una propia plataforma ideológica basada en la recuperación de la doctrina original del marxismo-leninismo, contrapuesta a su deformación estalinista. También en política exterior, Yugoslavia fue asumiendo una posición cada vez más autónoma al situarse, como único país europeo, en el campo de los países no alineados.

b) Las purgas estalinistas en la Europa Centrooriental.

Visto desde Moscú, el «titismo» cobraba la dimensión de la herejía, algo parecido a lo que había sido el trotskismo en los años treinta, objeto de una auténtica caza de brujas. La connivencia con Tito constituyó el principal cargo en los procesos contra los dirigentes comunistas que se celebraron en los varios países satélites durante los últimos años de Stalin. En efecto, la atmósfera siniestra que reinaba en Moscú se extendió a los países de la Europa del este. Entre 1948 y 1952, una serie de procesos se promovieron contra representantes comunistas acusados de simpatizar con las posiciones de Tito: el albanés Xoxe, el búlgaro Kostov, el húngaro Rajk y finalmente el más clamoroso de todos, el que vio como imputado al secretario general del Partido Comunista Checoslovaco, Rudolf Slansky, en 1952. En Polonia, el secretario del partido, Wladislaw Gomulka, ya había sido destituido en 1949. Víctimas de esta oleada de persecuciones fueron también los mayores representantes de la Iglesia católica, como el arzobispo de Praga, monseñor Beran, el húngaro, Mindtsenty y el polaco, Wyszinski.

c) La situación económica de estos países.

El desarrollo que conocieron en estos años los países de la Europa del este fue en muchos aspectos un desarrollo desequilibrado. Los más retrasados procedieron con un ritmo más acelerado que los que ya poseían una base industrial y dentro de cada país los progresos de la industria se acompañaban con el estancamiento de la agricultura; en fin, los incrementos de los índices de producción no se correspondían con los de la renta *per capita* y del consumo, quedando estos últimos constante y sensiblemente inferiores a los primeros. Además, por lo que

respecta a los países derrotados en la guerra - Hungría, Bulgaria y Rumania- cabe tener en cuenta el peso exorbitante de las reparaciones. Sin embargo, pese a ser desequilibrado, sí hubo desarrollo y con él, un cierto proceso de modernización. Se ha calculado que, desde 1950 a 1961, los trabajadores de la agricultura pasaron del 56,3 al 38,6% en Checoslovaquia; del 57 al 47% en Polonia; del 73,9 a 65,9% en Rumania; y del 42,2 al 27,9 % en Hungría. Esta disminución de trabajadores del campo, se correspondió con un incremento de los del sector industrial, es decir, un aumento de cerca de un 33 % entre 1948 y 1953. Progresos importantes se realizaron también en la escolarización de masas. En muchos países se introdujo un sistema de cupos de acceso a la universidad que favorecía a los hijos de obreros y campesinos. Todo ello, salvo en el caso de Checoslovaquia, representaba una ruptura con un pasado de dejadez y atraso. «El área, a pesar de todas sus carencias y sus problemas, nacía para la era industrial» (Brezinky, 1975).

d) Las primeras revueltas.

Los primeros síntomas de malestar e impaciencia, no llegaron del campo y de los campesinos hostiles y desconfiados hacia las medidas de colectivización, sino de las ciudades y de la nueva clase obrera y, en un segundo momento, de la universidad y la *intelligentsia* que allí se había formado. La primera manifestación de este malestar fue la revuelta obrera que se produjo en 1953 en la zona este de Berlín. Casi al mismo tiempo, en el verano de 1953, también la ciudad checa de Pilsen fue escenario de manifestaciones de protesta análogas.

Estas señales revelaban un malestar extenso y profundo y no dejaron de suscitar preocupación en Moscú. De la necesidad de una revisión de las relaciones entre la URSS y los países satélites era consciente el propio Beria, pero lo era también Malenkov al asumir el cargo de primer ministro. El objetivo que éste perseguía con los países satélites era el mismo que el de su política interna, es decir, una reforma de la planificación que favoreciera la producción de bienes de consumo y una política económica dirigida a elevar las rentas y, en consecuencia, ampliar el consumo.

e) La explosión: la revuelta húngara de 1956.

Hungría en el contexto de la desestalinización.

El país donde estos nuevos planteamientos encontraron mayor audiencia fue Hungría. Ahí, en junio de 1953, Imre Nagy, un hombre de confianza de Malenkov, había sucedido en el cargo de presidente del consejo de ministros a Matyas Rakosi, un estalinista irreductible. En el discurso que pronunció en el Parlamento el 4 de julio, el nuevo presidente del consejo se declaró favorable a una política económica basada en la prioridad de la industria productora de bienes de consumo y en la reducción de las medidas de colectivización en el campo; más en general, abogó por la supresión de los campos de concentración y la democratización de la vida pública. Pero tuvo que enfrentarse al sabotaje de Rakosi, que conservaba el cargo de secretario del Partido, al aparato y a la brevedad del tiempo del que disponía. La destitución de Malenkov en febrero de 1955 marcó también el fin del experimento de Nagy y el triunfo de Rakosi.

El «efecto Malenkov» no se limitó sólo a Hungría, sino que fue sentido, en distinta medida, en todos los países satélites. Pero sus consecuencias prácticas no fueron más allá, en su conjunto, de algunas rectificaciones en la política económica y algunos relevos en las cúpulas del partido y del estado. Así, en Rumania, Gheorghiu Dej dejó temporalmente su puesto de secretario del partido a Gheorghe Apostol, aunque lo recobró tras la caída de Malenkov; en Checoslovaquia, tras la muerte de Clement Gottwald, el cargo de presidente de la república fue otorgado a Antonin Zapotocki, él también, como Nagy, protegido por Malenkov. Además, se

procedió a la rehabilitación de algunos de los dirigentes víctimas de los procesos de los años 1948-1952. Más allá no se pudo ir, debido a las discusiones que en cada país oponían a los renovadores y los conservadores, discusiones que a su vez reflejaban el agrio enfrentamiento político en el seno del grupo dirigente soviético. De todas maneras, en todas partes se produjo una relajación de los frenos, lo que contribuyó a estimular reflexiones críticas y alimentar expectativas y esperanzas. A finales de 1955 se constituyó en Budapest el círculo Petofi, que recogía a intelectuales que estarían entre los protagonistas de la insurrección de octubre.

Los acontecimientos posteriores a la desgracia política de Malenkov concurren en hacer subir el nivel de la agitación política e intelectual. La espectacular e inesperada reconciliación con aquel Tito que hasta el día anterior había sido el blanco de todas las posibles críticas e injurias; la rehabilitación, anunciada en Moscú en febrero de 1956, del Partido Comunista Polaco, que había sido disuelto en 1938; y, sobre todo, la denuncia del culto de Stalin, que hizo Krushev en su informe secreto, convirtieron una situación ya tensa en explosiva.

Un precedente: la revolución de octubre en Polonia.

La primera chispa prendió el 28 de junio de 1956 en Poznan, en Polonia, donde una manifestación obrera en protesta por unas reducciones salariales, muy pronto adquirió las dimensiones de una insurrección, que la policía reprimió a sangre y fuego: al final del día, se contaron cincuenta y cuatro muertos y trescientos heridos. En agosto, un millón de personas se reunieron en la llanura del santuario de la Virgen Negra de Chestocowa, lugar histórico del patriotismo polaco. En los meses siguientes, la tensión fue aumentando cada vez más hasta llegar a su cúspide en octubre. Esta oleada de protestas cogió al partido en un momento especialmente delicado. A la muerte de Boleslaw Bierut, en abril de 1956, le había sucedido en el cargo de secretario Eduard Ochab, un hombre del aparato que se vio obligado a ejercer sus funciones presionado tanto por los conservadores como por los renovadores. Al fondo, seguía presente la figura del más prestigioso dirigente comunista polaco, W. Gomulka, que en 1949 había sido destituido de la secretaría del partido y sucesivamente enviado a prisión. Ochab, al darse cuenta de que Gomulka, con su prestigio, era la única carta, de la que el partido disponía para mantener el movimiento de protesta dentro de los límites del marco político e institucional existente, se apresuró a liberarlo. El 13 de octubre, la oficina política del partido aupaba a Gomulka al cargo de primer secretario y convocaba para el día 19 el pleno del partido, al que tocaba tomar esta decisión. Se sucedieron días convulsionados, durante los cuales se temió que el ejército, a cuya cabeza estaba el general ruso Rokossowsky, interviniera para reprimir la movilización popular. Pocas horas antes de la apertura del pleno se presentó en Varsovia, absolutamente inesperada, una delegación soviética encabezada por Krushev en persona y de la que formaban parte nada menos que once generales. Las negociaciones entre las dos partes fueron extremadamente directas y tensas, pero al final Krushev tuvo que aceptar la elección de Gomulka al tiempo que éste se comprometía a que Polonia permaneciera en el Pacto de Varsovia. Así, la crisis quedaba superada y un nuevo y más tolerante liderazgo se instalaba en el gobierno del país. En las elecciones de febrero de 1957, Gomulka obtuvo un notable éxito personal.

La revuelta de octubre en Hungría.

Los acontecimientos del octubre polaco se acababan de terminar, cuando la crisis política en Hungría entraba en su fase más aguda y dramática. Entre los países satélites, Hungría fue, en efecto, donde la denuncia del «culto a la personalidad» y de los crímenes de Stalin, hecha por Krushev, ocasionó una protesta abierta contra el gobierno y contra la injerencia soviética. Durante todo el mes de octubre, Budapest y otras ciudades del país fueron escenario de manifestaciones estudiantiles y populares cada vez más imponentes. Lo que exigían los

manifestantes era la revisión del proceso a Lazlo Rajk y su rehabilitación, además del retorno al gobierno de Nagy, el comunista reformador que, como se ha visto, ya había desempeñado el cargo de presidente del consejo de junio de 1953 a marzo de 1955 y que, tras la caída en desgracia de su protector en Moscú, Malenkov, había sido sustituido por Erno Gero, un estalinista intransigente. Posteriormente, Nagy había sido incluso expulsado del partido. Con el paso de los días, la situación se hacía cada vez más insostenible. La tensión alcanzó su techo en la jornada del 23 de octubre, cuando una manifestación de protesta en la que participaban cientos de miles de ciudadanos tomó el centro de Budapest. En esta circunstancia, el Comité Central del partido se vio obligado a devolver a Nagy, quien mientras tanto había sido readmitido en el seno de partido, el cargo de presidente del consejo, mientras que Gero conservaba el de secretario del partido. Las tropas soviéticas de ocupación fueron puestas en estado de alarma y en la jornada del 24 los tanques soviéticos hicieron acto de presencia en las calles de la capital. Esto se había producido con el aval del propio Nagy, convencido de que la protesta estaba alimentada por elementos provocadores y que por tanto era posible restablecer la calma. Fue un grave error de valoración: en los días siguientes, la protesta fue convirtiéndose en una auténtica insurrección armada, que provocó muertos y heridos en ambos lados. Los insurrectos pedían la dimisión de Gero y la retirada de las tropas soviéticas. Fue en esta atmósfera candente cuando los soviéticos Anastas Mikoyan y Mijail Suslov llegaron a Budapest para discutir con Nagy sobre la posibilidad de una solución política *in extremis*. El resultado de estos contactos fue que Gero fue sustituido en la secretaría del partido por Janos Kadar, un comunista que, a pesar de haber sido compañero de prisión de Rajk y de haber sufrido la tortura, no estaba dispuesto a la ruptura con la URSS; el 28 de octubre se anunció la retirada de las tropas soviéticas, que efectivamente se produjo en los días inmediatamente siguientes. Pero tampoco este anuncio sirvió para tranquilizar los ánimos de los insurrectos, que en la jornada del 30 asaltaron y expugnaron la sede de la Federación Comunista, matando a sus ocupantes. El mismo día, Nagy anunciaba la formación de un nuevo gobierno, con la participación de los partidos democráticos existentes en el país en el momento de la liberación y en el que el jefe militar de los insurrectos, Pal Maleter, asumía el cargo de ministro de defensa. Dos días después, el 31 de octubre, el nuevo gobierno proclamaba la salida de Hungría del pacto de Varsovia.

Mientras tanto, en Estados Unidos la campaña electoral estaba en su recta final y, a pesar de que la confirmación de Eisenhower parecía descontada, el momento no era propicio para decisiones radicales. El 30 de octubre, Foster Dulles, autorizado por el presidente, declaraba públicamente que los Estados Unidos «aun deseando la independencia de los países satélites no tenían más propósitos» y que «no contarían con estas naciones como potenciales aliados». Pese a su ambigüedad, el mensaje era tranquilizador y como tal fue recibido en Moscú. A partir de este momento, los acontecimientos se precipitaron. Al amanecer del 4 de noviembre, las tropas soviéticas entraban en Budapest e instalaban un nuevo gobierno «obrero y campesino» presidido por Janos Kadar, mientras que Imre Nagy se refugiaba en la embajada yugoslava. Capturado el 22 de noviembre mientras intentaba salir del país con un salvoconducto yugoslavo, será condenado a muerte en junio de 1958.

La última semana de octubre de 1956 representa un momento crucial en la historia de las relaciones internacionales de la posguerra. La insurrección húngara, en efecto, coincidió y se mezcló con la crisis causada por la intervención franco-inglesa en Suez. Esta coincidencia, que implicaba directa o indirectamente a una pluralidad de estados, hubiera podido ocasionar, en un distinto contexto internacional, una crisis más larga y de mayores proporciones; pero no fue así. El sistema y el orden bipolar estaban tan consolidados que se habían convertido en una especie de rutina, y aguantaron la prueba.

7. Grietas en el bloque occidental: Estados Unidos y América Latina. La revolución cubana.

a) Movimientos revolucionarios en América Latina entre los años treinta, el ascenso al poder de Batista en Cuba.

En Cuba, la revolución nacionalista proyectada por los suboficiales del ejército, el partido nacional-revolucionario ABC y las izquierdas estudiantiles, había degenerado en un confuso golpe de estado resuelto *in extremis* por Batista, un sargento taquígrafo que por su empleo se había desenvuelto en ambientes del Estado Mayor. Batista, ascendido a coronel, aplicaría una política populista con inclinaciones hacia la izquierda. La revolución cubana de 1933, que acabó con la tutela formal estadounidense sobre la Gran Antilla al año siguiente, acaso fuera el mayor hito de una eclosión revolucionaria marcada por el alzamiento comunista salvadoreño de 1932 y por la guerrilla sandinista en Nicaragua, en pie de guerra desde 1925 y hasta el mismo 1933. Igualmente el desafío del régimen populista mejicano, bajo Lázaro Cárdenas, quiso señalar los límites del poderío estadounidense al nacionalizar los ferrocarriles en 1937 y las empresas petrolíferas extranjeras en 1938. Pero la ola contes tataria decreció, al desinflarse la dinámica revolucionaria cubana y al hundirse el primer sandinismo ante la naciente dictadura del general Somoza en Nicaragua, consagrada por el asesinato de Sandino en 1934. Dos años antes, el general Maximiliano Martínez había ahogado en sangre -«La Matanza»- los brotes insurreccionales liderados por Agustín Farabundo Martí en El Salvador. Por el contrario, en **Cuba** Batista permitió en 1938 la legalización del Partido Comunista, y dos años más tarde ganaba las elecciones a la presidencia con apoyo de los simpatizantes de esa formación. Durante la Segunda Guerra Mundial, la política de Frente Popular, animada por Batista, fue tolerada por los vecinos norteamericanos; al fin y al cabo Washington y Moscú eran aliados contra las potencias del Eje. Pero en 1944 los norteamericanos presionaron al líder cubano para que llevara a cabo unos comicios totalmente limpios, y el resultado le fue adverso. Autoexiliado, se retiró a disfrutar de su inmensa fortuna en Florida, sucediéndole en la presidencia Grau San Martín, uno de los protagonistas del 1933.

b) La corrupción del régimen de Batista y el crecimiento de la oposición. Fidel Castro.

Nacionalistas de izquierdas cubanos, dirigidos por un joven e inquieto estudiante llamado Fidel Castro, intentaron sin éxito derribar a Batista en 1953.

A estas alturas, la corrupción y la violencia presidían la vida política cubana. Los estudiantes acudían armados a la universidad y no eran raras las trifulcas a tiros. Conocidos mafiosos norteamericanos controlaban las concesiones de los prostíbulos y casinos de La Habana, ciudad que los fines de semana recibía a los turistas del sexo y el juego procedentes de la costa Este norteamericana y países ribereños del Caribe. Diversos servicios públicos estaban también controlados por compañías norteamericanas. En ese ambiente, el golpe del envejecido Batista no fue popular y pronto recurrió a la represión generalizada. De hecho se convirtió en una nueva versión de Gerardo Machado, verdadero ogro de la historia política cubana, de quien se decía que mandaba arrojar a los estudiantes disidentes a los tiburones desde el castillo del Morro. En medios opositores, comenzaba a destacar el joven Castro. Su amalgama ideológica de los primeros tiempos -leía y admiraba a José Antonio Primo de Rivera, Perón, Mussolini y Lenin- y su militancia en el insustancial Partido Ortodoxo apenas ocultaban su condición básica

de nacionalista obsesionado con expulsar a Batista y regenerar Cuba. El 26 de julio de 1953, con un centenar de entusiastas seguidores, intentó tomar al asalto el cuartel de Moncada, segunda guarnición del país. Su plan de desencadenar un alzamiento fracasó estrepitosamente, pero la justicia lo condenó a una pena relativamente leve porque en aquel momento Castro no procedía de un ámbito político extraño: a sus ojos era un joven nacionalista descarriado.

Amnistiado en 1955 y autoexiliado en México, Castro organizó su propio movimiento político, el «26 de Julio». No era un secreto para nadie, y menos para los servicios secretos de Batista, que Fidel intentaría regresar a la isla para organizar un movimiento guerrillero. La «invasión» se produjo en noviembre de 1956, con Castro al frente y ochenta seguidores embarcados en un viejo yate, el «Gramma». La operación fue un fracaso total. Sin embargo, un puñado de sobrevivientes logró ganar la Sierra Maestra y reorganizar allí las guerrillas del Movimiento 26 de Julio.

Los rebeldes fueron crónicamente débiles y durante bastante tiempo no pasaron del centenar. Su capacidad de resistencia en las montañas se debía al apoyo de la empobrecida población local que simpatizaba con ellos y a la que se les pagaba en el acto los suministros necesarios. Frente a ellos, las fuerzas armadas y de seguridad batistianas recurrieron a la represión dura y muchas veces indiscriminada. Esa manera de actuar hundía cada vez más en el descrédito al dictador y les aportaba a los aislados rebeldes de Sierra Maestra el apoyo de amplios sectores de la población, especialmente en las grandes ciudades donde radicaba la fuerza creciente del Movimiento 26 de Julio. Los guerrilleros fueron, casi hasta el último momento, un factor más bien pasivo desde el punto de vista militar, aunque se jactaran de ser rebeldes profesionales y no resistentes aficionados como los de las ciudades.

c) La caída de Batista y el triunfo de los revolucionarios.

Los medios de comunicación norteamericanos fueron convirtiendo a Fidel y sus barbudos guerrilleros en personajes románticos. Herbert Matthews, desde las páginas del «New York Times», y Robert Taber, en una entrevista televisiva en plena sierra, lo glorificaron. La revista «Time» también ofreció una versión quijotesca del rebelde cubano. Al final, sectores de la misma CIA y el Departamento de Estado norteamericano terminaron decantándose contra el impopular Batista, y fue esta presión la que convenció al dictador de que la mejor salida era la dimisión. En el verano de 1957, los sucesos de Cuba todavía eran contemplados desde Occidente como una «revolucioncita en una república bananera», como lo describió el redactor jefe de la revista francesa «Paris Match» a José Meneses, el primer periodista que llegó a Sierra Maestra y entrevistó a Castro. El primero de enero de 1959 el dictador Fulgencio Batista abandonaba Cuba a bordo de un avión con destino a la República Dominicana. El régimen que encabezaba se había desmoronado en pocas horas. La multitud salió a las calles de La Habana y comenzó a destrozar los casinos, las máquinas tragaperras y los parquímetros, que eran monopolio del cuñado de Batista. También fueron arrasadas las redacciones de algunos diarios propiedad de ministros y prohombres del régimen. Algunos colaboracionistas, o sospechosos de serlo, fueron linchados. A la una de la madrugada del día siguiente, los barbudos guerrilleros del Movimiento 26 de Julio, liderados por Fidel Castro, descendían de Sierra Maestra y entraban en Santiago rodeados por la multitud. Desde allí inició una gira triunfal hasta La Habana. Terminaba así un ciclo político iniciado en el verano de 1933 cuando Batista tomó el poder derrocando al dictador Gerardo Machado.

d) Fidel Castro se hace con el poder. Los primeros cambios y el recelo estadounidense.

El gobierno de concentración nacional, organizado con representantes de las fuerzas

políticas de oposición al régimen de Batista, pronto comenzó a quedar fuera de juego ante la presión de Castro, que contradecía u obstaculizaba sus disposiciones, y llevaba a cabo comprometidas medidas radicales. La represión de los batistianos fue una de ellas. Los fusilamientos se llevaron a cabo sin demasiadas garantías de legalidad y con notable exhibicionismo. En un caso, ante las cámaras de la cadena norteamericana de televisión CBS presentes en la ejecución: las escenas impresionaron viva y muy desfavorablemente al público norteamericano. En marzo de 1959, Castro terminó haciéndose con el control del gobierno, y su hermano Raúl con el Ministerio de Defensa. Pero aun así, su legendaria logorrea, que se manifestaba en discursos de horas y horas de duración, desbarataba su acción de gobierno: las inevitables manifestaciones indiscretas o radicales, que a veces se contradecían entre sí, contribuían a que la supuesta revolución cubana se contemplase desde el exterior como un fenómeno cada vez más turbador. Contribuía a ello la juventud del propio Fidel, 32 años, que en aquella época era algo muy inusual en un estadista.

e) Los intentos de exportar la revolución y la aproximación de Castro al comunismo.

La ambición de Fidel, la velocidad de los cambios y el recelo de Washington a perder el control sobre lo que había sido hasta entonces una cuasi colonia, deterioraron la situación con gran rapidez. Pronto quedaron rotas las relaciones de Castro con los otrora amigos, como Bétancourt en Venezuela. En verano, decidido a marcar su línea revolucionaria caribeña, Castro envió a ochenta guerrilleros a la República Dominicana para derrocar al notorio dictador Trujillo. El líder cubano anunciaba que exportaría la revolución a Panamá, Nicaragua y Haití. Por otra parte, el programa de cambios económicos y sociales, especialmente la reforma agraria promulgada el 17 de mayo de 1959, chocó con las compañías americanas. Las nuevas autoridades no se preocuparon por estipular claramente el tipo de indemnizaciones a que tenían derecho los afectados, y desde luego no se preveía que las cobraran a medio plazo. Paralelamente, los comunistas cubanos estaban actuando con gran agresividad para hacerse con mayores cuotas de poder en los sindicatos y en el aparato del Estado. Este era un fenómeno tanto más desconcertante cuanto que el Movimiento 26 de Julio nunca se había definido ideológicamente como comunista. Tampoco lo era Fidel, aunque sí su hermano Raúl y Ernesto Che Guevara, el joven activista argentino que se había convertido en uno de los más destacados líderes de la revolución. En realidad, durante el período de la lucha en Sierra Maestra, el PCC se había desentendido del 26 de Julio, e incluso en ocasiones se le había opuesto activamente, como en el curso de la huelga general de abril de 1958. Es más, se decía que su secretario general, Blas Roca, era, desde los años del Frente Popular cubano, amigo personal de Batista.

A pesar del ascendente que parecían tener los comunistas cubanos, la situación no hubiera ido demasiado lejos de no ser por las circunstancias internacionales. La Unión Soviética nunca se había mostrado muy interesada por la posibilidad de extender la revolución a América Latina. Ni siquiera le atraían objetivos políticos más limitados: por entonces sólo tenía embajadas en México, Argentina y Uruguay. Por ende, Krushev parecía estar realmente interesado en una política de afianzamiento de posiciones y una cierta distensión. Si bien Cuba no parecía a priori un escenario tan apetitoso como para poner la distensión en peligro, lo cierto es que Moscú tampoco podía quedarse de brazos cruzados frente a las insistentes peticiones de ayuda procedentes de La Habana. Washington no tenía claro cómo manejar la situación y se perdía en presiones limitadas que sólo lograban atizar la irritación castrista. La respuesta eran nuevas nacionalizaciones de bienes norteamericanos.

f) El contexto internacional: la aproximación de Castro a la Unión Soviética.

En mayo de 1960, el incidente del U 2 derribado sobre la Unión Soviética no sólo arruinó la cumbre de París entre Kruschev y Eisenhower; también decidió a los soviéticos a jugar más fuerte en Cuba. La inminencia de las elecciones norteamericanas pareció decidir a Eisenhower a mostrarse duro y enmendar errores y debilidades. En julio decidió eliminar drásticamente los cupos de azúcar que los Estados Unidos compraban anualmente a Cuba con un precio subvencionado. Fue entonces cuando la situación dio un vuelco decisivo. La estructura económica cubana se basaba en el monocultivo del azúcar, y la medida norteamericana era un golpe decisivo que sólo se podía paliar a corto plazo contando con la URSS como nuevo cliente. En febrero, Moscú ya había firmado un convenio económico con La Habana por el que se comprometía a adquirir el 10% de la cosecha de azúcar y suministrar cantidades limitadas de petróleo. A partir del verano, Cuba avanzó decididamente hacia la satelización con respecto a la URSS, desde donde Kruschev incluso se mostró dispuesto a defenderla militarmente.

En los Estados Unidos, los jóvenes candidatos a la presidencia comenzaron a incluir la cuestión cubana en sus discursos electorales: había que «hacer algo». En realidad, ya desde marzo, el presidente Eisenhower había autorizado el entrenamiento clandestino de exiliados cubanos anticastristas. Desde la Guerra de Corea, la CIA se había mostrado crecientemente agresiva. Irán, Tíbet, Laos o Indonesia habían presenciado operaciones de la Agencia. En 1954 había organizado, de forma impecable, la caída del presidente Jacobo Arbenz en Guatemala. Cuando el presidente Kennedy llegó a la Casa Blanca, ya estaba en marcha la operación para desembarcar fuerzas regulares integradas por exiliados en Cuba.

g) La invasión de Bahía Cochinos y la conversión de Cuba en república socialista.

En abril de 1961, utilizando las mismas técnicas y aviones traídos de las operaciones en Indonesia, la CIA organizó el desembarco de la anticastrista Brigada 2506 en Bahía de Cochinos. El hecho presentaba grandes similitudes con la operación en Guatemala siete años antes; incluso en la utilización de la Nicaragua somocista como base. Pero el ataque terminó en un fracaso total; en todo el Caribe, las izquierdas se resarcían de su amarga derrota guatemalteca y a todo el mundo, hasta entre las derechas menos exaltadas, daba gusto ver a la orgullosa CIA confundida y humillada. A partir de ese momento, Castro proclamó a Cuba república socialista; a pesar de lo cual él sólo se declaró simpatizante comunista en diciembre de 1961. El hecho provocó un gran nerviosismo en los Estados Unidos porque con un satélite a las puertas de los norteamericanos, los soviéticos habían logrado saltarse el cinturón aislante de grandes pactos y alianzas políticas y militares (SEATO, CENTO, ANZUS) con los que el secretario de Defensa de Eisenhower, Foster Dulles, había imaginado que se podría rodear a la URSS.

Evidentemente la soviétización de Cuba tuvo un enorme significado como episodio crítico de la Guerra Fría.

Texto extraído y reelaborado a partir de
VEIGA, F. *La paz simulada, una historia de la guerra fría, 1941-1991*. Alianza Editorial. Madrid 1998.

8. La Conferencia de Bandung y el nacimiento del movimiento de los no alineados.



**Conferencia de Bandung
(Indonesia), 1955.**

Para que el Tercer Mundo pudiera desempeñar un papel en las relaciones internacionales resultaba por completo necesario que adquiriera conciencia de sí mismo. Empezó a lograrlo con ocasión de la conferencia de Bandung, antigua capital de Indonesia, celebrada en abril de 1955. Quienes tuvieron la iniciativa de celebrarla fueron cinco jefes de Gobierno asiáticos -los de Birmania, Ceilán, India, Indonesia y Pakistán-, la mayor parte de ellos antiguas colonias británicas. Invitaron a otros veinticinco países de Asia y África, de los que la inmensa mayoría aceptaron. La

coyuntura internacional contribuye en buena medida a explicar el éxito de la conferencia. Habían concluido ya la Guerra de Corea y la de Indochina mientras que proseguía la relación conflictiva entre los Estados Unidos y China y se hacía cada vez más necesaria la reafirmación de una política propia a desarrollar por parte de los países recién independizados. Además, después de 1954 parecía haberse solucionado, aunque sólo fuera a título provisional, el conflicto entre China e India en relación con el Tíbet. El primer ministro indio, Nehru, consideraba que era de la máxima importancia lograr que China hiciera acto de presencia en el escenario internacional asiático. Entre los asistentes fue muy pronto fácil de percibir la existencia de hasta tres tendencias: una pro-occidental -Japón, Filipinas, Vietnam del Sur, Laos, Tailandia, Turquía, Pakistán, Etiopía, Libia, Libano, Irak, Irán, Liberia...-, otra estrictamente neutralista -Afganistán, Birmania, Egipto, India, Indonesia, Siria...- y una tercera comunista (China y Vietnam del Norte). El resto de los asistentes osciló en su postura. China, representada por Chu En Lai, quizá por el carácter de su representación o por su conciencia de estar en minoría, tuvo un papel moderado en la conferencia mientras que algunos países como Pakistán dejaron bien clara desde un principio su política anticomunista. Pero todos coincidieron en la condena del colonialismo, principal tema que había convocado a los presentes. Tres países prooccidentales -Filipinas, Pakistán y Tailandia- llamaron la atención acerca de que, si hasta el momento el colonialismo había sido una realidad occidental existía el peligro de que apareciera una nueva forma de colonialismo peor que la primera; el último de los países citados hizo referencia a una realidad especialmente digna de ser tenida en consideración por los países del Sudeste asiático, es decir la existencia de importantes minorías chinas en todos los países del área. Finalmente se aprobó una condena del "colonialismo en todas sus manifestaciones", propuesta por el indio Krisna Menon, que satisfizo a todos a pesar de basarse en el inconveniente de la imprecisión. El "no alineamiento" o "coexistencia pacífica" fue el segundo tema más importante de la reunión y también dio lugar a una viva controversia entre los asistentes. Para los más neutralistas de ellos, la misión histórica de los países que acababan de alcanzar la independencia era situarse entre los comunistas y los occidentales como una especie de colchón protector de la paz y la convivencia entre las naciones. Nehru, por ejemplo, defendió como base de acción de los países reunidos el "Panch Shila", es decir los cinco principios incluidos por India y China en el preámbulo del acuerdo al que habían llegado para dirimir sus contenciosos sobre Tíbet y que eran considerados como un modelo de lo que debieran ser las



Chu En Lai, Nehru, Nasser, Tito y Senghor.

relaciones internacionales en el mundo futuro: respeto a la integridad territorial y a la soberanía, no agresión, no injerencia en los asuntos internos, reciprocidad y coexistencia pacífica. Nehru afirmó que constituía una "intolerable humillación" aceptar que una nación recién independizada pudiera pasar a figurar como un satélite de una de los dos superpotencias que se habían confrontado hasta el momento y previó que si estos alineamientos proliferaban el resultado sería muy peligroso para la paz mundial. Pero los países occidentales, por la boca del presidente pakistaní Mohamed Alí, propusieron una fórmula diferente, los "siete pilares de la paz", propuestos por él que incluían el derecho a defenderse de forma individual o colectiva; así se justificaría la pertenencia de su país a la SEATO, inspirada por los Estados Unidos. La mediación para lograr una solución satisfactoria para todos fue, en este caso, obra de Chu En Lai, que aceptó la fórmula pakistaní después de lograr que este país declarara que no llevaría a cabo nunca una guerra de agresión en contra de China. La importancia de la Conferencia de Bandung reside en que fue la primera ocasión en que se produjo la reunión de una gran conferencia de países del Tercer Mundo sin la presencia de los europeos, de la URSS o de los Estados Unidos. Los acuerdos a los que se llegó en ella no fueron tan importantes como el hecho de que demostró que un nuevo actor hacía acto de presencia sobre el escenario internacional. Eran, según Senghor, uno de los líderes más importantes del África convertida en independiente, "los pueblos de color, los pobres del mundo". Por lo menos, según comentó un profesor de la Universidad de El Cairo, Butros Butros-Gali, que con el paso del tiempo llegaría a convertirse en secretario general de la ONU, se había creado la ilusión de un porvenir mejor. La Conferencia coincidió con el comienzo de una oleada de emancipaciones coloniales y sentó la aparición de una nueva realidad en las relaciones internacionales que habría de convertirse en un dato permanente durante mucho tiempo. De entrada, el encuentro de Nasser, Tito y Nehru en Brioni en julio de 1956 permitió promover los principios de no alineamiento y coexistencia pacífica por más que al secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles le parecieran "inmorales"; además, consagró el liderazgo del movimiento de los países no alineados en los tres personajes indicados. El reavivamiento del nacionalismo árabe y una nueva actitud de la URSS de cara a la política internacional en Oriente Medio contribuyen a explicar los acontecimientos que tuvieron lugar en esta parte del mundo y que fueron, sin duda, una espectacular victoria, en términos relativos, sobre los países colonizadores de antaño.

Artículo extraído de la siguiente dirección de Internet:

<http://www.artehistoria.com/historia/contextos/3217.htm>

Las palabras o frases subrayadas muestran diversas entradas a otros artículos distintos.

9. La bipolaridad tecnológica en los años cincuenta.

La frontera de 1956 no marcó una pausa en la dinámica de la Guerra Fría, pero sí una cierta ralentización. A partir de 1958, Krushev se hizo definitivamente con el control del poder en la URSS y desde Moscú fueron llegando, con altibajos, señales pacificadoras: en marzo, la URSS suspendía unilateralmente los ensayos nucleares; y a pesar de que en el verano de 1959 fracasó la conferencia de Ginebra sobre Berlín, en septiembre Krushev viajó a los Estados Unidos, donde se entrevistó con Eisenhower y habló ante la sede de las Naciones Unidas.

a) La carrera de armamentos en los años cincuenta.

Con todo, los sentimientos eran contradictorios. La aparente relajación era preocupante para ambos bandos, en la medida en que podía llevar a bajar la guardia ante el otro. El «síndrome de 1941» seguía vivo una década después de terminada la Segunda Guerra Mundial. En cualquier caso, la carrera de armamentos avanzaba a grandes saltos. Los gigantescos bombarderos del *Strategic Air Command* americano, dotados con el modelo B-36 a finales de los años cuarenta y el B-47 de 1950 a 1955, estaban siempre preparados para descargar el contragolpe en caso de un ataque soviético. Finalmente, con sus 16.100 km de autonomía y la capacidad de abastecerse en vuelo, los B-52, puestos en servicio en 1955, podían golpear en cualquier parte del mundo. Algo parecido lograron los soviéticos con los Tu-16 y Tu-20.

Pero a fines de los años cincuenta, los «sistemas de entrega» pilotados estaban ya a punto de convertirse en una segunda línea de defensa, en un mecanismo de apoyo, dada su vulnerabilidad ante los misiles tierra-aire y los enormes cazas pesados a reacción. El arma reina de la Guerra Fría pasó a ser el misil balístico, de cabeza atómica (denominado «balístico» por su trayectoria curva, de ascenso y descenso desde la atmósfera). Los más poderosos eran los ICBM (*In ter-Continental Ballistic Missiles*), los «destruidores de ciudades» por antonomasia. Los primeros fueron los Atlas norteamericanos, siendo probado el prototipo en junio de 1957; a fines del año siguiente cubrió con éxito una distancia de 8.800 km. Después vinieron los Titan también estadounidenses. Este tipo de cohetes podían lanzarse desde silos estáticos situados bajo tierra, muy en el interior de los EEUU. Su potencia pasó a medirse en megatonnes o kilotonnes. Un kilotón equivale a mil toneladas de TNT, mientras que un megatón se corresponde con un millón de toneladas de ese mismo explosivo. Un Titan II norteamericano, por ejemplo, poseía una cabeza explosiva de 9 megatonnes. Aparentemente, los ICBM daban una ventaja temporal a los norteamericanos, puesto que los soviéticos dependían todavía de su flota de bombarderos para «entregar» las bombas atómicas. Sin embargo, el 4 de octubre de 1957 la URSS lanzaba el primer satélite artificial (el pequeño Sputnik I), lo que aparte de inaugurar la carrera espacial demostró que poseía capacidad para desarrollar cohetes de gran potencia. A este primer éxito siguieron el lanzamiento de un nuevo artefacto con un animal (la perrita «Laika») en noviembre de ese mismo año, y el Sputnik III, en mayo de 1958, que pesaba más de una tonelada y contenía un pequeño laboratorio en su interior.

Frente a este palmarés, los norteamericanos llevaban un retraso. Los satélites Vanguard cosechaban fracaso tras fracaso, a cual más vergonzante: en diciembre de 1957 estalló en tierra el cohete del primero que se intentó lanzar. Por fin, en enero de 1958 se consiguió poner en órbita el primer satélite americano (el «Explorer I»), pero en febrero cayó otro Vanguard desde 6.000 metros de altura, y a éstos siguieron otros desastres. En total, de los once Vanguard lanzados, sólo se logró satelizar a tres. Como consecuencia, existía cierta desconfianza hacia los ICBM norteamericanos, y mientras tanto los soviéticos ponían en marcha sus propios

proyectos. En 1960 ya estaban en servicio los SS-4 Sandal, cuyo alcance variaba entre los 2.700 y los 5.400 kilómetros y contaba con una carga de 1,2 megatonnes. Estos cohetes soviéticos eran todavía del tipo IRBM (*Intermediate Range Ballistic Missiles*, misiles de alcance medio), pero estaba claro que era una mera cuestión de tiempo, seguramente poco, que Moscú poseyera sus ICBM técnicamente fiables. De hecho ya en 1957 experimentaban con el SS-6 Tyuratam, un verdadero ICBM.

Todo este salto tecnológico hacía que cada vez fuera más fácil y rápido acertar en blancos lejanos: un bombardero tardaba seis horas y media en recorrer 5.000 kilómetros; pero un misil nuclear podía hacerla en sólo 25 minutos. La capacidad tecnológica imponía unos márgenes de maniobra muy estrechos y en consecuencia creció el miedo a los errores fatales, combinado con la desconfianza en los arsenales propios y la sobrevaloración de los del adversario. Apremiaba, por tanto, la necesidad de entablar algún tipo de diálogo Este-Oeste encaminado a encauzar los conflictos más agudos y controlar, o detener, una carrera de armamentos tan peligrosa. Kruschev y Eisenhower parecían ser dos mandatarios lo suficientemente compatibles entre sí como para entenderse.

10. Del “*espíritu de Camp David*” al aumento de la tensión.

La nueva carrera de armamentos aumentó las tensiones internacionales y esto llegó a ser motivo de gran preocupación para los dirigentes de las superpotencias, al grado de que se interesaran en un acercamiento diplomático para establecer un acuerdo que pudiera asegurar la paz, sin sacrificar las zonas de influencia de cada bloque. La consolidación de Kruschev favoreció ese acercamiento, tras el proceso de desestalinización que tendió hacia una mayor apertura en las relaciones internacionales, aunque mantenía la lucha por la competencia hegemónica con Occidente.

a) **1958: tensión en Berlín.**

La búsqueda de un acercamiento entre las dos superpotencias, en un ambiente de distensión enfrentó varias dificultades, debido principalmente a las desavenencias entre los dos bloques en relación con la particular situación de la ciudad de Berlín, donde el sector occidental mostraba un desarrollo económico que contrastaba con el sector oriental sometido a la política soviética. Berlín se había constituido en la única puerta abierta del “telón de acero” a través de la cual habían pasado de Oriente a Occidente, en un periodo de diez años, más de tres millones de personas, llegando incluso a plantearse la posibilidad de reunificar las dos Alemanias, posibilidad rechazada categóricamente por ambas superpotencias. Se crea así una situación de conflicto que hizo temer un nuevo bloqueo de Berlín en circunstancias más peligrosas que el anterior. Moscú amenazaba con firmar un tratado de paz con la RDA y traspasar, así, la soberanía de la ciudad a los alemanes, algo que incomodaba a los occidentales. Tras un tira y afloja la tensión se redujo cuando la URSS retiró la amenaza. Berlín volvía a ser el barómetro que medía la tensión o el entendimiento entre los dos superpoderes. Con todo, el problema no se había arreglado, se había pospuesto, y volvería a surgir con toda su creudeza en 1961 con la construcción del muro.

b) **El camino a la esperanza: 1959 y el “*espíritu de Camp David*”.**

Ante esta nueva tensión en las relaciones Este-Oeste, la negociación diplomática se convertía en un asunto de suma urgencia, por lo que los gobiernos de Washington y Moscú

acordaron celebrar una cumbre, y en septiembre de 1959 Krushev visitaba Estados Unidos para entrevistarse con Eisenhower en Camp David, Maryland. Los resultados de esa reunión fueron positivos para la paz y establecieron las bases de una mutua cooperación entre ambas potencias, dentro de lo que se llamó "Espíritu de Camp David", aunque no se llegó a ningún acuerdo concreto.

Con base en el "Espíritu de Camp David", los gobiernos de Estados Unidos y la Unión Soviética inauguraban un nuevo tipo de relaciones internacionales enmarcadas en un propósito de "coexistencia pacífica", que significó una tendencia hacia un mejor entendimiento entre ambas superpotencias. Se suponía que cada una de ellas trataría de mantener e incluso fortalecer su propio bloque, en una especie de *hegemonía compartida* basada en el respeto mutuo. La coexistencia pacífica se entendía también como el compromiso de evitar un conflicto mundial y consolidar una situación de equilibrio en las fuerzas armadas, tanto convencionales como atómicas.

La intención expresada por las superpotencias a favor del desarme y la paz abrió grandes esperanzas en el mundo, atemorizado por, la amenaza de una guerra nuclear.

b) El caso del U-2 y el aumento de la tensión.

Pero, una vez más, los avances tecnológicos se impusieron. En mayo de 1960, un avión espía norteamericano U-2 era derribado cuando sobrevolaba el territorio de la URSS. Hasta entonces, las características de vuelo de estos aviones los habían hecho teóricamente invulnerables a cualquier ataque soviético. Fabricados casi artesanalmente y con una enorme superficie alar, los Lockheed U-2 eran capaces de volar a gran altura (su techo de servicio era de 25.900 ms.) durante horas y horas, fotografiando de una vez enormes extensiones de terreno (3.450 x 200 km) y captando las transmisiones terrestres. Los U-2 de la CIA despegaban de sus bases en Alemania y Turquía y atravesaban el territorio de la URSS impunemente. Pero en 1960 los soviéticos habían desarrollado ya los misiles tierra-aire SA-2 Guideline y fue uno de esos cohetes antiaéreos el que derribó al avión espía. Según versiones más recientes, el protagonista fue un avión de caza soviético que logró desestabilizar al aparato norteamericano con un golpe de suerte y audacia. En cualquier caso, Gary Powers, el piloto de U-2, sobrevivió y confesó su pertenencia a los servicios de inteligencia norteamericanos. El incidente se había producido en vísperas de la cumbre de París, que debía reunir a los dirigentes soviéticos y norteamericanos. Eisenhower se negó a presentar excusas y Krushev abandonó la capital francesa el 16 de mayo.

Este incidente terminó de socavar la imagen del presidente norteamericano, por entonces un hombre de avanzada edad, en una época en la que los norteamericanos pedían ya sangre joven para la Casa Blanca. Pero también era un momento especialmente malo para Krushev. En 1960 sólo hacía dos años que se había afianzado definitivamente en el poder, tras un turbio período de pugna enrevesada entre camarillas de difícil definición política, con toda suerte de golpes bajos y traiciones. Tras el famoso informe del XX Congreso del PCUS, el argumento decisivo a favor de Krushev frente a sus adversarios había sido la decidida intervención militar en Hungría, culminada evitando la intervención de las potencias occidentales.

Pero el pulso final en el interior del Kremlin lo ganó Krushev gracias a la concurrencia de sectores simpatizantes del Ejército y el KGB.

Texto extraído y reelaborado a partir de
VEIGA, F. *La paz simulada, una historia
de la guerra fría, 1941-1991*. Alianza
Editorial. Madrid 1998.

11. Los inicios de la presidencia de Kennedy.

El 1 de enero de 1961 era proclamado presidente el demócrata J. F. Kennedy, su llegada a la Casa Blanca iba a suponer un cambio importante en relación con la administración republicana de Eisenhower. Al empezar su presidencia, los soviéticos indicaron su disposición a mejorar las relaciones con Estados Unidos. Krushev felicitó con efusión al nuevo presidente al tomar éste posesión de su cargo y puso en libertad a dos oficiales de las fuerzas aéreas norteamericanas cuyo avión de reconocimiento RB-47 había sido derribado cuando sobrevolaba territorio soviético en julio del año anterior. Kennedy respondió a estos gestos levantando las restricciones a la importación de carne de cangrejo soviética y proponiendo un incremento mutuo del número de consulados y de intercambios científicos y culturales.

Si bien Kennedy se inclinaba a mejorar las relaciones entre los dos países, su capacidad de tomar medidas para ello se veía restringida porque estaba decidido a aparecer duro con respecto al comunismo. Durante la campaña para las elecciones presidenciales dijo: «El enemigo es el sistema comunista en sí, implacable, insaciable, inquieto en su apetito de dominación mundial». Quizá sea verdad, como han argüido los íntimos de Kennedy, que las declaraciones de esta clase no fuesen más que ejemplos de retórica electoral, pero lo cierto es que impidieron cultivar el apoyo de los ciudadanos a un deshielo de la guerra fría en los comienzos de su presidencia.

También la retórica pública de Krushev hizo que la reconciliación fuese difícil, cuando no imposible, en los primeros tiempos de la presidencia de Kennedy. El 6 de enero de 1961 el dirigente soviético declaró que su país apoyaría las «guerras de liberación nacional» en el mundo subdesarrollado. Arthur Schlesinger, confidente de Kennedy e historiador, escribió que las palabras de Krushev «alarmaron al presidente más de lo que le aliviaron las señales amistosas de Moscú». Aunque Kennedy estaba dispuesto a negociar para poner fin a la Guerra Fría, primero tendría que ocuparse del desafío sobre el Tercer Mundo que le lanzó Krushev.

En opinión de otro historiador, Bruce Miroff, la reacción de Kennedy a las bravatas de Krushev reveló un agudo complejo de inferioridad que el presidente manifestó por medio de una malsana necesidad de demostrar sus capacidades como líder. Debido a ello, en vez de hacer caso omiso de las amenazas de Krushev o quitarles importancia, como solía hacer Eisenhower, Kennedy se las tomó como algo personal y las convirtió en pruebas de voluntad que le empujaron a fabricar crisis innecesarias. Miroff comenta que «en aquella época [la de Eisenhower] no hubo realmente nada comparable con la crisis de Berlín en 1961 y la crisis de los misiles cubanos en 1962», las dos ocasiones en que más cerca estuvieron las dos superpotencias de un conflicto nuclear durante la Guerra Fría.

Por las razones que fuesen, ya fueran principalmente ideológicas, políticas o psicológicas -y todas fueron importantes-, al formular su respuesta inicial a la Unión Soviética, Kennedy optó por dar mayor importancia a los actos belicosos de Krushev que a sus gestos amistosos. Sólo después de que Kennedy demostrara al dirigente soviético que no era blando con el comunismo avanzaría la diplomacia durante su presidencia.

12. Kennedy y América Latina: la Alianza para el Progreso y su fracaso.

Los actos contra Cuba –recordemos que la invasión de Bahía de Cochinos fue en abril de 1961- no fueron las únicas medidas que tomó Kennedy para contener el comunismo en el hemisferio occidental. Poco más de un mes antes de la invasión de Bahía de Cochinos, el 13 de

marzo de 1961, introdujo un programa llamado Alianza para el Progreso. Su objetivo era reducir la pobreza, el analfabetismo y las enfermedades en el hemisferio, para paliar de este modo las condiciones que fomentaban el crecimiento del comunismo. Para ayudar a financiar el programa, el presidente prometió que Estados Unidos proporcionaría a las naciones latinoamericanas (excepto Cuba) 10.000 millones de dólares durante un período de diez años.

El programa de la Alianza para el Progreso empezó oficialmente en agosto de 1961 y contenía medidas como la reforma agraria, la revisión fiscal, la aceleración de la construcción de viviendas en las ciudades y en el campo, la mejora de la salud y la higiene pública y la eliminación del analfabetismo. La Alianza para el Progreso también pedía planes de desarrollo nacionales que produjeran salarios razonables, precios estables, mayor integración de las economías latinoamericanas y una tasa de crecimiento per cápita del 2,5 por 100 anual. El gobierno preveía que la Alianza para el Progreso no sólo impediría la expansión del comunismo en América Latina, sino que, además, estimularía el crecimiento de la democracia en una región que todavía estaba dominada por dictaduras militares.

Si bien la Alianza para el Progreso mejoró un poco las condiciones sociales y económicas de América Latina, no alcanzó ninguno de sus objetivos. Durante el decenio de 1960 las tasas de crecimiento económico de América Latina alcanzaron una media de sólo el 1,5 por 100 anual, en vez del 2,5 por 100 que había previsto el gobierno norteamericano. La vivienda, la higiene pública y la asistencia médica mejoraron sólo marginalmente, si es que mejoraron, para la mayoría de los pobres de América Latina. Tampoco hubo una disminución apreciable del analfabetismo adulto durante el decenio. El número de latinoamericanos parados incluso aumentó de 18 millones a 25 millones, y la producción agrícola por persona descendió. Asimismo, la distribución de la riqueza siguió siendo terriblemente injusta, y la mayoría de los gobiernos de la región continuaron firmemente sometidos al control militar. De hecho, durante la presidencia de Kennedy los militares derrocaron a seis presidentes elegidos por el pueblo en Argentina, Perú, Guatemala, Ecuador, la República Dominicana y Honduras.

Estados Unidos había reconstruido Europa; por tanto, no había ninguna razón para creer que era imposible reformar América Latina. Pero América Latina no era Europa. El rápido crecimiento demográfico en América Latina (que tenía una de las tasas de aumento más rápidas del mundo, el 3 por 100 anual) debilitaba la mayor parte de los progresos que hacía la Alianza en lo que se refería a reducir la pobreza y los problemas asociados con ella. Además, América Latina carecía de la pericia financiera y técnica, los partidos políticos institucionalizados y las tradiciones democráticas que caracterizaban a la mayoría de los países de la Europa occidental. Después de la devastación que causara la segunda guerra mundial, los gobiernos de la Europa occidental no tuvieron más remedio que aceptar el dinero y el liderazgo norteamericanos para reconstruir sus países. Pero las élites dirigentes de América Latina temían a la Alianza para el Progreso aún más de lo que temían al comunismo, porque creían que los programas de reforma que iniciaba Estados Unidos representaban una amenaza peor que el comunismo para su dominio del poder. Estados Unidos, sin embargo, también fue responsable en parte del fracaso de la Alianza para el Progreso. El gobierno de Kennedy estaba más que dispuesto a bloquear las reformas que amenazaban los intereses norteamericanos en la región. Por ejemplo, persuadió al presidente de Honduras de enmendar la ley agraria de la nación porque había permitido confiscar propiedades inmobiliarias que pertenecían a las compañías Standard Oil y United Fruit. Además, pese a que prefería los gobiernos democráticos, Washington aceptó pronto la necesidad de colaborar con regímenes militares, principalmente porque eran la barrera más fuerte que se alzaba ante las revoluciones de estilo castrista. Dicho de otro modo, los requisitos para mantener la hegemonía económica y política de Estados Unidos en la región tuvieron preferencia sobre las reformas sociales, económicas y políticas que pedía la Alianza para el Progreso.

13. Crisis en Berlín y la construcción del muro.

En la cumbre de Viena del 3 y 4 de junio de 1961, Krushev pidió el consentimiento de Kennedy a un tratado de paz con Alemania que de forma definitiva y oficial pusiera fin a la segunda guerra mundial, para obtener así el reconocimiento occidental de las fronteras existentes en la Europa del Este. El tratado de paz que Krushev propuso en Viena era en esencia el mismo que Eisenhower había rechazado en 1958, principalmente porque hubiese puesto fin a la presencia militar occidental en Berlín y dado el control de las rutas de acceso a la ciudad al gobierno de la Alemania oriental. En Viena, Krushev amenazó de nuevo con firmar un tratado de paz por separado con la Alemania Oriental, antes de finales de 1961, si las potencias occidentales se negaban a cooperar. Kennedy reaccionó advirtiéndole a Krushev que, si cumplía su amenaza, las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos experimentarían «un frío invierno». Krushev respaldó con hechos su amenaza relativa a Berlín. El 8 de julio de 1961 suspendió la reducción de los efectivos del ejército soviético y ordenó un incremento de un tercio en los gastos militares. Para detener la fuga de alemanes orientales a Occidente (que en agosto se calculó en 1.000 personas diarias), Krushev permitió que el gobierno de la República Democrática Alemana empezara a construir el muro de Berlín, de triste fama, el 13 de agosto de 1961.

Kennedy consideró que las medidas que acababa de tomar Krushev no eran sólo una amenaza a la libertad del Berlín occidental, sino que también ponían a prueba el compromiso norteamericano con la defensa de todo el mundo libre. Sin embargo, a diferencia de Eisenhower, la primera respuesta de Kennedy fue de naturaleza militar en lugar de diplomática: 1.500 soldados norteamericanos en vehículos blindados bajaron por la *autobahn* hasta Berlín, a la vez que 150.000 reservistas del ejército eran llamados al servicio activo. Kennedy estaba dispuesto a ir más lejos si era necesario. Dijo a Schlesinger que creía «que había una probabilidad entre cinco de un choque nuclear». Temiendo una guerra nuclear a causa de Berlín, muchos norteamericanos empezaron a construir refugios antinucleares en el jardín de su casa.

Por suerte, el enfrentamiento en Berlín se calmó después de que Kennedy se negara a derribar el muro, como algunos le aconsejaron que hiciera, y en su lugar aceptara las propuestas de Krushev para encontrar una solución negociada de la crisis. Aunque las conversaciones sobre Berlín, que empezaron en septiembre, no fueron fructíferas, dieron a Krushev la posibilidad de retirar el plazo que había fijado para la firma de un tratado de paz con Alemania, lo que permitió que la crisis se extinguiera.

Para cubrir su retirada en Berlín, así como para responder al incremento del arsenal nuclear norteamericano, el 30 de agosto de 1961 Krushev anunció que la Unión Soviética iba a reanudar las pruebas de armas nucleares, con lo que rompió la moratoria que habían declarado las superpotencias treinta y cuatro meses antes. Durante los siguientes sesenta días, la Unión Soviética llevó a cabo más de cincuenta pruebas nucleares en la atmósfera, entre ellas una con una potencia de cincuenta y ocho megatones, el artefacto nuclear más potente que se había hecho estallar hasta entonces. El 5 de septiembre Kennedy respondió a la acción de Krushev ordenando la reanudación de las pruebas nucleares norteamericanas. «¿Qué opción teníamos? - preguntó Kennedy a Adlai Stevenson, representante norteamericano en las Naciones Unidas-. No podíamos quedarnos sentados sin hacer nada en absoluto.» Tras el fracaso de Bahía de Cochinos y la construcción del muro de Berlín, Kennedy estaba seguro de que Krushev «quiere dar la impresión de que nos tiene dominados... de todos modos, la decisión está tomada. No digo que fuera la decisión acertada. ¿Quién diablos lo sabe?».

14. El cambio de doctrina estratégica: una respuesta flexible.

Mientras Kennedy cambiaba la postura norteamericana ante las pruebas de armas nucleares, sus consejeros preparaban una revisión importante de la doctrina estratégica de Estados Unidos. A finales del decenio de 1950 Kennedy pensaba igual que los que consideraban que la estrategia del gobierno de Eisenhower, que se basaba en las represalias masivas, era suicida.

En vista de ello, Kennedy insistió en que Estados Unidos debía poseer la capacidad de hacer frente a la agresión comunista en todos los niveles sin provocar automáticamente un holocausto nuclear. Creía que para esto sería necesario dar mayor importancia a la diplomacia, la acción encubierta, las operaciones contra las guerrillas, y las fuerzas convencionales. La estrategia de la «respuesta flexible» que adoptó el gobierno de Kennedy permitiría a Estados Unidos, como dijo el general Maxwell Taylor, presidente de los jefes del estado mayor conjunto, responder «en cualquier parte, en cualquier momento, con armas y fuerzas apropiadas a la situación».

Con el fin de que Estados Unidos tuviera fuerzas convencionales suficientes para hacer frente a una agresión no nuclear, el gobierno de Kennedy dobló el número de barcos de la armada e incrementó los efectivos del ejército de once a dieciséis divisiones. Además, el número de escuadrillas aéreas se amplió de las dieciséis que existían en 1961 a veintitrés a mediados de los años sesenta, al tiempo que la capacidad de transporte aéreo se aumentaba en un 75 por 100.

Para luchar contra las guerrillas comunistas, Kennedy aprobó la creación de una nueva fuerza antisubversiva cuyo nombre, los «boinas verdes», escogió él personalmente. En junio de 1963 unos 114.000 oficiales militares estadounidenses y 7.000 extranjeros habían recibido instrucción antisubversiva en la Escuela de Fuerzas Especiales del Ejército en Fort Bragg, Carolina del Norte. En enero de 1962 Kennedy también creó un grupo especial integrado por quince miembros y presidido por el general Taylor cuya misión sería coordinar las actividades antisubversivas de Estados Unidos en todo el mundo, pero especialmente en América Latina y el sudeste de Asia.

Sin embargo, pese a depender más de las fuerzas convencionales y antisubversivas, tanto el gobierno de Kennedy como el de su sucesor, Lyndon Johnson, aumentaron mucho el arsenal nuclear norteamericano. Al finalizar el decenio de 1960, Estados Unidos ya tenía 1.059 misiles balísticos intercontinentales (ICBM), 700 misiles balísticos lanzados desde submarinos (SLBM) y más de 500 bombarderos B-52, cuya autonomía de vuelo era muy grande.

Robert S. McNamara, el ministro de Defensa del gobierno de Kennedy, arguyó que el incremento del arsenal nuclear fue necesario para dar a Estados Unidos mayor flexibilidad de ataque. McNamara esperaba que limitar los ataques de represalia a las instalaciones militares soviéticas, en vez de lanzarlos contra ciudades (estrategia de contrafuerza), permitiría a Estados Unidos evitar el tipo de guerra nuclear total que la estrategia de represalia masiva hubiera hecho prácticamente inevitable. Asimismo, McNamara creía que el aumento del número de armas nucleares garantizaría que Estados Unidos tendría suficientes cabezas nucleares para responder eficazmente a un primer ataque soviético.

Este aumento del poderío militar estadounidense eliminó toda posibilidad de limitar la carrera de armamentos nucleares durante la presidencia de Kennedy. Asimismo, hizo que los militares soviéticos se dieran cuenta de que existía una disparidad en el número de misiles que era decididamente favorable a Estados Unidos y, por tanto, contribuyó a que presionaran a Krushev con el objeto de que incrementase el arsenal nuclear soviético.

Los resultados del aumento de las fuerzas convencionales norteamericanas también fueron diversos. Aunque amplió la capacidad disuasoria de Estados Unidos, provocó un gran aumento

del presupuesto militar, que a finales de 1963 ya ascendía a la cifra sin precedentes de 50.000 millones de dólares. Asimismo, una vez el gobierno contó con los medios necesarios para ello, se inclinó más a intervenir en Vietnam. Así pues, el aumento de las fuerzas anti subversivas de Estados Unidos contribuyó a la creciente intervención norteamericana en una guerra que dividiría al país como no lo había dividido ningún conflicto desde la guerra de Secesión.

15. El segundo conflicto tipo: la crisis de los misiles de Cuba.

En parte para compensar la superioridad nuclear de Estados Unidos, pero principalmente para impedir otra invasión de Cuba respaldada por los norteamericanos, a comienzos de 1962 Krushev decidió desplegar en dicha isla treinta y seis misiles balísticos de alcance medio (1.000 millas náuticas) y veinticuatro misiles balísticos de alcance intermedio (2.200 millas náuticas). Dado que Estados Unidos había desplegado misiles balísticos de alcance intermedio Jupiter (IRBM) en Turquía, vecina de la Unión Soviética, aparentemente con fines defensivos, el líder soviético no tuvo ningún reparo en tratar de hacer lo mismo en Cuba. En sus memorias recuerda que pensó que «ya iba siendo hora de que Estados Unidos se enterase de qué significaba tener su propio territorio y su propia gente amenazados».

Asimismo, el despliegue de misiles soviéticos en Cuba compensaría la creciente amenaza que la rápida expansión del arsenal nuclear norteamericano por parte de Kennedy y la estrategia de contrafuerza de McNamara representaban para el territorio soviético. No cabe duda de que la sensación de vulnerabilidad de la Unión Soviética se agravó cuando Roswell Gilpatric, subsecretario de Defensa, anunció (en octubre de 1961) que Estados Unidos sabía que el arsenal de misiles balísticos intercontinentales soviéticos era mucho menor de lo que se había previsto.

Es probable que Krushev también buscara una forma espectacular de avanzar en el problema de Berlín y quizá calculaba que el despliegue de misiles en Cuba contribuiría mucho a neutralizar la superioridad nuclear de Estados Unidos, lo cual permitiría a los soviéticos incrementar la presión sobre la asediada ciudad. Además, según creen algunos analistas, el despliegue de misiles soviéticos en Cuba distraería la atención de los crecientes problemas internos de Krushev, principalmente los mediocres resultados de la agricultura soviética, y consolidaría el liderazgo de la Unión Soviética en el movimiento comunista internacional, que se veía cada vez más disputado por los chinos.

Kennedy, sin embargo, se negó a permitir que Krushev rectificara un equilibrio estratégico que era claramente favorable a Estados Unidos. Después de que el 14 de octubre un avión de reconocimiento U-2 divisara por primera vez los misiles soviéticos en Cuba, el presidente decidió obligar a Krushev a quitarlos de allí. También es muy probable que la decisión de Kennedy se basara en algo más que consideraciones estratégicas. Quizá debido a la humillación que había sufrido en Cuba, o a las críticas de que había sido objeto por no poder o no querer hacer nada cuando los soviéticos construyeron el muro de Berlín, Kennedy se tomó la crisis de los misiles de Cuba como una prueba personal de su capacidad de liderazgo. Dijo a su hermano Robert que si no obligaba a los soviéticos a llevarse sus misiles sería «*impeached*» (destituido).

Al igual que en la crisis de Berlín, al principio Kennedy rechazó una solución diplomática de la amenaza de los misiles de Cuba. El representante norteamericano en la ONU, Adlai Stevenson, sugirió que Estados Unidos se ofreciera a desmantelar los viejos misiles Jupiter que tenía en Turquía a cambio de la retirada de los misiles soviéticos de Cuba. Pero, Arthur Schlesinger recuerda que algunos de los consejeros de Kennedy «estaban profundamente convencidos de que pensar en negociaciones a aquellas alturas se interpretaría como el reconocimiento de la debilidad moral de nuestros argumentos y de la debilidad militar de nuestra postura».

Al mismo tiempo, sin embargo, Kennedy se negó a aprobar el método opuesto: la acción militar directa contra las bases de misiles soviéticas en Cuba. Kennedy hizo caso omiso de las objeciones de los jefes del estado mayor conjunto, que querían destruir los misiles soviéticos por medio de ataques aéreos, y se decidió por una «cuarentena» naval o bloqueo de Cuba, tras lo cual, en un discurso dirigido a la nación que pronunció el 22 de octubre, hizo un llamamiento a Krushev para que «detuviera esta amenaza clandestina, temeraria y provocativa a la paz mundial».

Kennedy respaldó sus palabras con medidas militares. Tropas estadounidenses en Florida empezaron a hacer preparativos para invadir Cuba. Más alarmante fue que ordenó a las fuerzas armadas que se preparasen para una posible guerra nuclear. El resultado fue que 156 misiles balísticos intercontinentales quedaron listos para ser disparados, a la vez que los bombarderos B-47 y B-52 del Mando Aéreo Estratégico eran puestos en estado de alerta.

Cuando Kennedy se dirigió al pueblo norteamericano el 22 de octubre ya habían llegado a Cuba cuarenta y dos misiles soviéticos. Al cabo de dos días, sólo nueve misiles estaban instalados y completamente montados. Krushev creía que incluso estos misiles corrían peligro de destrucción inminente por la aviación norteamericana, y temía que el conflicto diera paso a una guerra nuclear total entre las superpotencias (una de ellas, la Unión Soviética, dada su inferioridad nuclear, no podía tener ninguna esperanza de ganar), así que el 28 de octubre se echó atrás y accedió a retirar los misiles soviéticos de Cuba. A cambio, Kennedy prometió públicamente que Estados Unidos no intentaría otra invasión de Cuba y -sin informar de ello al pueblo norteamericano, al Congreso ni a los aliados europeos- aseguró a Krushev que, una vez terminada la crisis, retiraría los misiles Jupiter de Turquía. Así se hizo seis meses después. Las concesiones norteamericanas permitieron al dirigente soviético salvar cierta apariencia de prestigio personal.

Kennedy recibió alabanzas de toda la nación, incluso de sus críticos republicanos, por su forma magistral de llevar la crisis de los misiles de Cuba, que, según Schlesinger, fue una «combinación de dureza y comedimiento». Sin embargo, pocas personas hablaron de lo que hubiera podido pasar de haber fracasado el presidente. La historiadora Louise FitzSimons señala algo en lo que muchos prefirieron no pensar: «Con la euforia del triunfo y el alivio de ver que el peligro había pasado, Kennedy decidió obligar a Krushev a una capitulación total... costara lo que costara». En los momentos culminantes de la crisis el propio Kennedy dijo que las probabilidades de un desastre eran «de una entre tres e incluso más» y lamentó la probabilidad de que los niños del mundo no llegaran a viejos.

Irónicamente, la mejora del prestigio a corto plazo que experimentó Kennedy a raíz de la crisis de los misiles de Cuba no hizo más que aumentar la inseguridad a largo plazo de su país. La humillación que Krushev sufrió a manos de Kennedy durante la crisis de los misiles contribuyó a su caída del poder, en octubre de 1964. Los nuevos dirigentes soviéticos, encabezados por Leonid Breznev, estaban decididos a evitar que se repitiera la humillación que había sufrido Krushev. A partir de comienzos de 1965, el Kremlin empezó un gran aumento del arsenal nuclear que permitiría a la Unión Soviética alcanzar la paridad aproximada con Estados Unidos antes de que finalizara el decenio.

Además, el triunfo de Kennedy en la crisis de los misiles de Cuba contribuyó a la formación de lo que el historiador William J. Medland ha llamado una «arrogancia del poder», es decir, la creencia de que Estados Unidos tenía dominados a los comunistas. Esta nueva actitud explica la creciente intervención norteamericana en Vietnam.

Texto extraído y reelaborado a partir de
POWASKI, R. E. *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*.
Editorial Crítica. Barcelona 2000.